

Domingo Melfi

## La Prensa O'Higginista

La prensa del período dictatorial de O'Higgins recoge en forma muy esquemática las vicisitudes y violentas alternativas de Chile. Es preciso acercar mucho el oído para percibir los jadeos de ese organismo que forcejea por desprenderse de la dominación española. La prensa de ese período está manejada por hombres que son incondicionales de la situación, que no representan en verdad la pasión de la raza. Son extranjeros como Irisarri, Monteagudo o García del Río, que se han puesto al servicio del gobierno o mejor de lo que ellos denominan la causa americana. Tienen un poco el carácter de maestros de un pueblo niño. Generalizan sobre la política, sobre la moral, sobre la suerte que el destino reserva a estos pueblos. Combatían a muerte la dominación española y a los elementos que han echado sobre sus hombros la responsabilidad de la oposición al Director Supremo. Pero como no hay prensa opositora sino exclusivamente prensa de gobierno, en ella se condensa toda la vida política del instante. Ni Irisarri ni Monteagudo son hombres sobre los cuales pueda girarse una letra de limpia moralidad. Monteagudo es tenebroso e Irisarri desliza su existencia en la tortuosidad; pero son voluntades enérgicas, tipos que la revolución ha producido entre el tumulto de sus feroces pasiones.

La prensa sólo aspira a afianzar el gobierno de O'Higgins, cada vez más estrechado por los opositores. El opositor está fuera de la prensa. Es el espíritu de la raza que ya empieza a

delinear su característica fundamental, es el descontento, la negación, la crítica. Se comprende que tales derivaciones del alma chilena hagan padecer a hombres como O'Higgins que no han concebido sino la rigidez militar, el severo orden antiguo, la obediencia. O'Higgins no quiere algarazas, ni ruidos, ni protestas. Si él estaba al frente del gobierno, para hacer la patria, consideraba lógico que se le obedeciera. Había aprendido en la vida del campamento, en la dura jornada de la guerra, el sentido del deber y del mando. Pero los díscolos andaban promoviendo asonadas y tumultos. Entre ellos estaban los románticos, los arrogantes, los turbulentos Carrera. Herederos de grandes familias, pero al propio tiempo sostenedores de una concepción liberal de gobierno, habían sido condenados al destierro, y contra sus partidarios, tanto como contra los españoles, apuntaba la prensa del tiempo sus fuegos cruzados.

Era prensa de cooperación, pequeños folletos semanales de cuatro o seis páginas, sin anuncios comerciales. Por lo mismo carecían de intereses creados. No tenían a quien mirar la cara, fuera de la cara a veces cejijunta del gobierno. No les interesaba la opinión de un comercio precario que empezaba a surgir entre la pólvora y el humo de las batallas. Santiago era apenas una ciudad recogida y triste. Una caserna militar, una gran aldea cuyas calles estaban siempre cruzadas por soldados. Los peñascales del cerro Huelén asomaban su agria expresión bravía en el extremo oriente, por encima de unos montes espesos. Insinuaban una como violencia natural, como un fuerte irreductible, una defensa difícil de batir. La leyenda criolla había anidado allí la torva nariz ganchuda de una bruja que cocía a la luz de las estrellas unos yerbajos milagrosos y unas pociones para el mal de amor que también hacía su Agosto entre las damas pizpiretas y los garbosos héroes de la emancipación.

Esa prensa vivía como podía. Hemos dicho que no tenía anuncios comerciales. Pero tenía el favor del Director Supremo. Estaba ya vuelta hacia Europa. Los papeles, como ellos decían, traían cada cuatro meses las novedades del viejo mundo y las entregaban en las columnas breves y en las páginas pequeñas de los diarios chilenos, entre raros comentarios locales. El día 10 de Julio de 1818 el periódico *El Sol de Chile* anuncia que por los papeles recibidos de Londres la noche del 5 de Marzo, es decir algunos meses antes, la capital inglesa fué atacada por un violento huracán como no se ha visto otro igual en mu-

chos años. Cayeron varios techos y chimeneas y ha habido muchas desgracias. «Agréguese a todo ésto—añade el párrafo—que les tomó enteramente desprevenidos, porque aunque en Inglaterra también hay monjas y muy católicas, se limitan a orar a Dios por sus culpas y las de los pecadores y no se entrometen nunca a pronosticar lo futuro ni a asustar con sus delirios o visiones a las familias tranquilas».

Este comentario tiene una explicación. Es una ironía contra el clero. El Director Supremo estaba tomando aquellas medidas primordiales de política y de finanzas que el naciente estado chileno requería para poder sostenerse en medio de la precariedad de los recursos de que disponía. Porque el clero superior o inferior no dió siempre muestras de acendrado patriotismo. He aquí un decreto que nos dará mayor luz. Tiene fecha 21 de Febrero de 1817. «Señor Administrador de la Casa de Ejercicios de esta Capital, don Joaquín Sotomayor: Teniendo consideración a que la libertad del país recuperada felizmente no puede forjarse sin un poderoso ejército que la escude contra la usurpación y que la organización de éste exige establecer grandes depósitos y elaboratorios de artículos de guerra, ha acordado S. E. el Supremo Director hacer uso por cuenta del Estado de la casa de Ejercicios espirituales. A este fin, me ordena diga a U.S. como lo hago, que en el día de mañana se proceda a entregarla toda absolutamente al Comandante de Artillería don Pedro Regalado de la Plaza a excepción del menaje y útiles de los ejercitantes, adornos de Iglesia y sacristía que conservará U.S. en su poder, pasando al Gobierno inventario prolijo de todo ello. Dios Guarde a U.S. —*J. Ignacio Zenteno*».

Se vé que O'Higgins no se anduvo con chicas. ¿Qué era el país en su tiempo? Una olla de grillos. Al menos para él lo era y no iba a detenerse en su camino sino cuando la opinión en masa le diera el golpe de gracia. Entre tanto, empujado por las circunstancias, la providencia de los gobiernos dictatoriales dictó decretos en que se advertía ya la violencia de ese estado político que se establecía para salvar los restos de la patria amenazada por las tropas realistas que acechaban desde Lima y cuyas avanzadas maniobraban ya en el extremo sur del territorio. ¿Hacía falta dinero? Pues con un decreto perentorio se imponían gruesas contribuciones a los españoles residentes, cuyas ideas no eran, precisamente, dechado de patriotismo o

de amor al gobierno. A los que se fugaban para eludir los castigos, se les secuestraba los bienes.

«Teniendo presente—les decía en el Decreto N.º 5 de fecha 21 de Febrero de 1817, a los señores Antonio del Sol, Manuel María Undurraga y Tomás Urmeneta,—la exhaustez de fondos públicos e inmensas erogaciones que demandan las actuales urgencias del Estado se ha servido—el Director Supremo—acordar que en el término preciso de seis días se exija 600 mil pesos, por vía de reparto, cuya intimación debe US. ejecutar, etc.»

Al Prior de la Recoleta en el decreto N.º 14 de fecha 25 de Febrero de 1817, le decía: «Los religiosos de la adjunta lista que se conducen por el Mayor de la Plaza a ese convento se mantendrán en él, bajo la más estricta incomunicación, sin que por persona alguna sean tratados por escrito ni de palabra. Esta medida nuestra, en las actuales circunstancias, es de las importantes a la seguridad del Estado. El Gobierno afianza ésta, en el celo y la actividad del Rev. Prior, y así espera que redoblándola, vele sobre la conducta de todos y de cada uno en particular, sin permitirles que confiesen y celebren el santo oficio de la misa, en inteligencia que la más mínima falta o disimulo que hubiere en este asunto, será V.R. Prior responsable y no podrá desentenderse este gobierno sin hacer ver el desagrado que le causa la omisión en el cumplimiento de su providencia».

Al Obispo Rodríguez, primado de la Iglesia Chilena, por ser con exceso afecto a la causa realista se le notificó con violencia su extrañamiento. Un clamor inusitado se levantó en la capital. Rodríguez era hombre influyente y sus vastas relaciones de familia le aseguraban una situación privilegiada en la sociedad santiaguina. El Obispo intentó resistir la orden del gobierno. El Director Supremo empujado por lo que llamaba las circunstancias supremas de la salud del Estado, insistió con redoblada violencia en su primitiva orden. Santiago vivió días angustiosos. La casa del Obispo fué rodeada por los feligreses que se lamentaban en alta voz y derramaban ríos de lágrimas. Toda la sociedad acudió a la casa del Obispo a testimoniarle su afecto y su adhesión y a protestar de la extraña

orden de ese no menos extraño personaje que de tal modo se había erigido en árbitro supremo de las voluntades.

Claro es que toda o gran parte o acaso la inmensa mayoría de la sociedad había olvidado los sacrificios ingentes del extraño personaje a quien nombraban con el humillante apodo de el huacho. Al viento de la dispersión enconada habían sido arrojadas las acciones heroicas del brigadier que se había batido por la libertad que ahora maldecían, en el Roble, en membrillar, en Rancagua. Ya no interesaban los dolores, ni los sacrificios sobrehumanos del que había cruzado con el agua hasta el pecho los ríos torrentosos, para llegar primero o cerrar el paso a las tropas españolas y defender de la furia de la soldadesca a esa misma capital que ahora se levantaba rugiendo contra él.

Empezaba ya el repudio a su política de dominación. Pero O'Higgins se mantuvo firme. Una sola vacilación en su pulso dictatorial le habría hecho retroceder en su propia estimación, y en la estimación de esos camaradas que del otro lado de los Andes le seguían con vigilante atención, sintiéndole vivir en cada uno de sus actos. Transigir con el que dentro de su propio país estaba moviendo las voluntades en favor de la causa realista, habría sido echar por tierra la obra ya comenzada. Ni la majestad del Obispo, ni el silencio de los conventos, ni la súplica de los feligreses a quienes interesaba más la suerte de un primado que la de todo el país, importaban al gobernante soldado. La guerra era la guerra.

Lo que él quería era poner orden, no sabía a costa de qué sacrificios ni de qué medidas. El pedazo de suelo en el cual tantos habían sucumbido por la libertad, reclamaba decisiones probablemente arbitrarias, tal vez excesivamente violentas. Pero él las llevaría hasta el fin, sin asustarse por los resultados. Los hombres de la independencia sabían lo que se jugaban. Comprendían de qué formidables intereses estaba trezado el espíritu de las gentes. Nadie daba cuartel, nadie lo pedía. Y así el que podía en la sombra, movía con oculta intención, los secretos hilos de la traición o de la perfidia. Todas las cabezas estaban a precio. Sobre todos los hombros pendía una espada invisible. En todos los rincones se ocultaba una emboscada. Los ríos rugían con el odio de las voces vengadoras. Los montes estaban llenos de asechanzas. Los caminos todos llevaban a la muerte. Los enemigos se aliaban, los rivales se hacían señas, se buscaban para perder a unos y perderse, porque en la con-

fusión de las pasiones y de los intereses, nadie tenía el control de sus propios actos y a nadie le interesaba sino derribar al que subía o destruir la preponderancia de los que mandaban.

Las órdenes se revistieron por esta causa de una violencia que no hizo sino exasperar esos sentimientos ocultos, llevándolos al máximo de la tensión. Don Ignacio Zenteno, en sus recuerdos del General dice, refiriéndose a ese período:

«Los Obispos eran obligados a dejar sus sillas, a consecuencia de una medida de disciplina militar.

Los religiosos realistas marchaban a Mendoza en la larga cola de prisioneros, por los desfiladeros de Los Andes.

Los franciscanos del Convento de Chillán, partidarios del Rey, eran presos o expulsados de su convento, y por despacho de la guerra se pedía a Santiago para reemplazarlos, diez o doce frailes patriotas, para que predicasen la independencia y el amor a la libertad, en el mismo tono que podían pedirse piezas de artillería y cajones de metralas.

Las abadesas realistas eran destituidas y ocupaban sus sillas de baqueta las hermanas notoriamente afectas al sistema.

Todos los empleos de la instrucción, de la hacienda, del orden judicial, eran conferidos a los patriotas, así como se decoraba con medallas de plata u oro el pecho de los defensores de la patria. El Gobierno y la Nación, en su múltiple desarrollo, tendían a un solo objeto: el combate.

«La imprenta era entonces un artículo que bien pudo haberse considerado como anexo a los depósitos del cuartel general de artillería.

Escribir era combatir, exaltar el odio a la España y el amor a la patria americana, proclamar las glorias del ejército o de la escuadra, dar las gracias a los buenos servidores y publicar los hechos heroicos para la satisfacción de sus autores».

\*

Son interesantes y curiosos también para conocer el espíritu que animaba al Director Supremo, las siguientes instrucciones al Director Delegado Quintana, y que llevan fecha 18 de Abril de 1817: «Indáguese sagazmente al de los europeos Gabriel Real de Azúa y Bartolomé Arís Navarrete el para-

dero de los intereses que dejó en Chile don José María Rufino, godísimo hijo de San Juan, residente hoy en Lima, y cuyo caudal excederá de sesenta mil pesos, a fin de secuestrarlos.

Quitar a la actual abadesa de las Agustinas; poner en su lugar a la superiora Pérez y conferir los demás empleos subalternos a las monjas patriotas, de que dará idea el Ministro de Estado.

Estricta incomunicación y vigilancia con la mujer de Sánchez.

Encerrar bajo las mismas calidades, y en el propio monasterio, a la mujer de Berganza.

Doña Mercedes Arredondo, godísima, se retiró al dicho monasterio huyendo de los patriotas: es mujer de posibles; que pague el piso, sufra estricta incomunicación y espíense sus miradas.

A la mujer del capitán prisionero Diego Padilla confínese el beaterio de Peumo, y este curato póngase a cargo del mejor patriota dándole cuenta previamente para presentarlo.

Ultimamente a todas las godas perjudiciales, y principalmente a las que por matrimonios u otros respectos estén relacionadas con los enemigos, encerrarlas en el mencionado monasterio debiendo todas ellas pagar el piso mensualmente.

Retirar de las costas, desde el puerto de Topocalma hasta el Papudo, todos los hacendados, inquilinos y demás individuos sospechosos (a excepción de los habitantes de Valparaíso que están seguros) y encargar el celo y vigilancia de los puertos y caletas a los más decididos patriotas de sus inmediaciones, a fin de evitar el espionaje de Lima y la clandestina extracción de trigos y otros artículos, como en iguales circunstancias de guerra lo han ejecutado por la omisión del Gobierno».

Tales medidas eran lo referente a las crueldades de la Reconquista.

Si la oposición carecía de prensa, si a ella le era imposible subsistir, si no podía clamar contra las medidas que ordenaba el Director Supremo, en cambio se revestía de infinitas formas, en su aspiración de minar o destruir el gobierno. Una oposición vive sólo de los recursos circunstanciales. Mirando en la prensa a la distancia, el panorama de la emancipación, parece en la simplicidad un hecho sin complicaciones. Se ve un ejército patriota organizado con ingentes sacrificios, una sociedad decidida a prestar apoyo al que está arriba, una comunidad de pensamiento y de acción entre jefes, que llama

la atención de los observadores. No era ese sin embargo el fondo de los hechos. Ni los jefes se sentían trezados en sus afectos por la causa común, ni la sociedad manifestaba el propósito decidido de apoyar al que estaba arriba, ni los sacrificios gastados eran suficientemente comprendidos. La emancipación había dejado al descubierto, con extraña violencia, la confusión de los intereses quebrantados o sorprendidos o heridos por la espada de los revolucionarios. Mientras esos intereses no fueran calmados en sus ambiciones o en sus esperanzas o en sus íntimas aspiraciones los gobiernos deberían vivir azotados o escarnecidos por la colmena zumbante de la oposición. En aquellas mentalidades embrionarias, elementales, no había términos medios. O el poder con todas sus garantías o el combate al poder con todas sus consecuencias. La oposición comprendía por instinto, que sólo puede vivir si logra el poder. Por su parte el gobierno también comprendía que sólo es gobierno, que sólo es poder, cuando ha logrado aplastar al adversario.

La colonia había recibido en la apariencia un rudo golpe, había sido desgajada del enraizamiento que tres siglos habían hecho bifurcarse en el honor de la tierra americana. Romperla era abrir surcos ignorados de resistencia, dolores que no podrían cicatrizar tan fácilmente, odios que exudarían a lo largo de los años, su lepra venenosa. No fué tanto la ineptitud de los pueblos para gobernarse solos, como tanto se ha repetido, lo que malogró los primeros gobiernos que sucedieron a la dominación española, no fué tanto la incapacidad o la ignorancia de los métodos de gobierno, insistimos, cómo la profundidad del odio o del rencor que abrió su oscura sima entre las familias, los clanes o las tribus que por espacio de siglos habían bebido la tradición del gobierno colonial. Una tradición tan honda como aquella, no podía resignarse a vivir en el sometimiento de unas ideas que no le eran afectas, ni podía adaptarse a una existencia política de estirpe liberal. El liberalismo entendido en aquellos años, era el repudio al silencio, a la concepción de una vida que no debía ni podía estar sometida a los signos de una providencia divina. Desde hacía siglos el corazón del país latía en silencio. La existencia toda se cernía en la blandura algodonosa del silencio. En algunos pueblos menos entristecidos que el nuestro por la presión de la montaña, podía el silencio revestirse con las formas pintorescas de costumbres y modalidades artísticas que com-



pensaban el dolor de la servidumbre. Entre nosotros nada había podido vencer la poderosa túnica del silencio.

En él habían fructificado los errores de la dominación. En él se habían robustecido los vínculos de la sangre dominante. Esclavos y siervos, mestizos y soldados no tenían más horizonte que el que podía ofrecerle el propio y montañoso y adusto silencio de la tierra, trabajada para los poderosos, para los amos lejanos, para unos reyes invisibles que estaban lejos, más allá de las montañas y más allá del mar. Nada penetraba desde afuera para descomponer o iluminar la inmovilidad material. Nada, ningún rumorcillo de ideas era sobrado fuerte, para imponer la trizadura por la cual se abre paso el tumulto, también silencioso en un comienzo, de las esperanzas, de las ambiciones o de los sueños realizables. La montaña cerraba todos los pasos. El mar se retorció en soledad sobre los acantilados de una costa por la cual sólo pasaban, buscando las caletas encalmadas, los galeones de la metrópoli que imponía sumisión, orden, silencio. Esos galeones sólo traían a las costas de la tierra virgen, las leyes y los decretos reales, la expresión de la voluntad soberana que exigía diezmos, que absorbía el oro de las regiones virginales. La cruz y la espada trazaban círculos ceñidos a la vacilante voluntad de los colonos. Sólo dentro de ellos era posible respirar. Fuera de ellos, el aire se enrarecía, la atmósfera se hacía pesada y asfixiante.

La emancipación es un drama oscuro, nebuloso, surcado por las ambiciones, los sentimientos, los odios que estallan incontenibles y las rápidas y fulgurantes llamaradas de la vida libre. Es decir de la vida que aspira a ser ella misma, sin amos, sin tutores, sin contadores de su hacienda sin representantes, que exijan tributos exagerados. Los grandes y los poderosos se habían valido de todas las fuerzas servibles que tenía el país, para abatir el prestigio de la corona. Pero una vez logrado el triunfo, ¿qué se había hecho con los que ayudaron, con los oscuros anónimos que se sacrificaron, con los que habían padecido en las guerras y habían visto todo perdido o muerto? Los volvieron a su vida de antes. Es decir que por ellos, la colonia había cambiado de amos.

¿Cuál era el fondo de la protesta de los rebeldes, de aquellos que sostenían el poderoso partido de los Carrera, de los que aspiraban a hacer del país una república esencialmente liberal? El gobierno mismo, su generación sin atmósfera popular. Los hombres de gobierno decían que la atmósfera no estaba prepa-

rada, que ante todo era preciso acabar con los últimos restos de la dominación española que aún se defendían en el extremo sur del territorio. Además unas bandas de salteadores asolaban las provincias australes. Eran restos del ejército español, unidos al cuatrерismo natural que se genera por la pobreza. Como el erario era escaso, las condiciones de vida se habían vuelto precarias. Todo lo que se podía lograr debía destinarse a alimentar la poderosa institución militar que se necesitaba para defender la República nacida hacía apenas diez años. Pero los opositores respondían que el gobierno no puede generarse sobre la voluntad de unos pocos sino sobre la voluntad de infinitas voluntades. Comprendían que la fuerza era necesaria, pero no entendían que la fuerza pudiera por sí sola, ser gobierno.

La prensa de ese período estaba siempre publicando artículos en los que se hacía mofa y escarnio de los jefes de la oposición. Por ejemplo, se publicaban las proclamas que José Miguel Carrera enviaba desde Montevideo, con unos comentarios sangrientos al margen. Se hacía aparecer una correspondencia sostenida entre Carrera y el Diablo.

«Señor Belcebú»—comenzaba sus cartas el caudillo y luego añadía en un acápite: «Varias sendas hay que conducen al templo de la inmortalidad y ya que la naturaleza me vació en el molde de la perversidad y del crimen...»

El diablo sonreía ciertamente al leer estas misivas y reían también en Santiago los lectores enemigos de Carrera. Luego el diablo tomaba la pluma y la semana siguiente se dirigía en una carta abierta a don José Miguel. Comenzaba siempre así: «Recibe un dulce beso, querido hijo...» Y añadía: «Qué delicia para mí el ver que derramas a manos llenas la calumnia y el veneno más odioso sobre dos administraciones que no se ocupan sino en restablecer el orden, la justicia y la unión, que tanto detestamos tú y yo...»

Así la prensa o'higginista insuflaba el escarnio sobre los admiradores del fogoso caudillo, preparaba la atmósfera para las decisiones supremas que sería necesario tomar cuando las circunstancias lo exigieran. Los héroes de la emancipación se despedazaban unos a otros. Era por lo demás la suerte de América. La organización poderosa de las fuerzas tradicionales sostenía en la sombra la fuerza de los gobiernos dictatoriales. Pero eran sólo porciones que habían declarado su afección al

gobierno, más que todo por instinto de conservación. O'Higgins no había manifestado respeto alguno por la llamada nobleza de sangre y en decreto de fecha 22 de Marzo de 1817, había «abolido de una plumada esa anomalía que aún subsistía en la República». Los escudos de armas y demás insignias fueron quitados del frontispicio de las casas de calidad. Esta medida imponía no sólo un vivo sentimiento democrático en el gobernante, sino un repudio a esa heráldica fastuosa y sin explicación posible en un país que había roto todos sus vínculos con la tradición monárquica. Era la respuesta justiciera a esa fracción aristocrática y prepotente que le había pinchado en su orgullo, llamándole hijo del azar. En su lugar, O'Higgins creó la nobleza militar, en su famosa Legión de Mérito, que tampoco era posible en un país democrático. Por lo menos en un país que aspiraba a constituir su destino sobre las bases de la igualdad. «Los miembros de la Orden—escribió don Miguel Luis Amunátegui—gozaban de fuero especial y sólo podían ser juzgados por sus pares. Contra ninguno de ellos podía ejecutarse la sentencia sobre materia criminal de cualquier otro tribunal». Su amor profundo por la carrera militar que le había dado tantas glorias, le había hecho caer en este renuncio.

De todas suertes, la prensa batía palmas. Pero la oposición no descansaba. Encontraba todos los recursos para obstaculizar, todos los resortes para hacer sentir sobre el gobierno, su acción sutil y desquiciadora. En ocasiones no eran sino pequeños detalles, sombras de hechos que no habían tenido mayor consecuencia. Estaban presentes en todas partes, se unían o se aliaban a los adversarios y todos juntos se confabulaban para minar la fortaleza en la cual un hombre cargado de glorias se debatía contra fantasmas. Españoles y patriotas se amalgamaban en el odio común. Olvidaban sus recientes rencores para darse la mano en contra del poderoso o de sus defensores. Las dictaduras crean odios inconcebibles, alimentan también porfiadas y tenaces perfidias. El gobierno tenía que atender las contingencias de una guerra siempre presente y la guerrilla que le abrían los adversarios vencidos. En el extremo sur combatían los españoles y en el corazón de la capital los enemigos políticos. Los herederos de la colonia no podían resignarse a la pérdida de sus garantías, y las familias poderosas que un tiempo dominaron y fueron las dueñas del país, aunque dependieran de la majestad real, movían sus fuerzas secretas y sus recursos para obstaculizar el gobierno. En Con-

cepción, después de las batallas en que se empeñaban contra los españoles, los heridos no era atendidos por las damas y esto exasperaba al Director Supremo, el cual lanzaba decretos terribles imponiéndoles en plazos perentorios, la entrega de camas completas para los hospitales de sangre.

«Yo quisiera—dice un suelto del periódico *El Sol* de fecha 22 de Enero de 1822—que no hubiese en esta capital tanto ocioso y tanto pusilánime para que no circularan tantos rumores, infundados y desagradables».

Y algunos días después, el 29 de Enero, el mismo diario insistía en esta forma acerca de los rumores de que se valían españoles y criollos para combatir al gobierno: «Ya se les acabó la diversión y el contento a los fabricantes y propagadores de noticias falsas y adversas y es muy justo que a su turno sufran y con alguna razón, los amargos ratos que con sus visiones hicieron pasar algunos hermafroditas que injustamente se cuentan en el número de los patriotas».

Los rumores habían propalado la especie de que el ejército de Freire había sido batido en el Sur. La noticia era inexacta, pues en realidad las tropas de Freire eran las que habían derrotado una columna de españoles.

En la gaceta del 27 último dice otro suelto: «Hemos visto con placer un decreto, del Excmo señor Supremo Director, por el cual se declara libre de todo porte y derecho la introducción y conducción de libros, panfletos y papeles públicos. En ningún otro país se ha dado—añade—tanta latitud a la propagación de las luces; este decreto hace mucho honor a Chile y al gobierno que lo ha expedido. Son innumerables las ventajas políticas y morales que saca una nación de tan pronta comunicación de los acontecimientos e ideas y tanto el público como los editores de periódicos deben estar gustosos con esta medida».

Y en otro periódico, *El Duende*, encontramos este sugestivo artículo que vale la pena leer: «No hace muchos días que oí decir en cierto paraje a una persona muy respetable por su carácter que las madres de familia no debían permitir que sus hijas aprendiesen idiomas extranjeros antes de saberlo ellas mismas, para que de este modo pudiesen entender lo que conversaban sus hijas. No pudiendo yo en el acto contestar a la persona que así se expresaba y deseando desahogar mi corazón me fuí a ver a un amigo y le conté lo que había oído. Mas en vez de recibir alivio alguno se aumentó mi admiración,

cuando me dijo aquel amigo que él había oído a otra persona, también muy respetable, que era pecado aprender inglés o francés, porque de este modo podían leer los jóvenes las obras inmorales que hay escritas en aquellos idiomas. Confieso—agrega el articulista—que apenas me he recobrado del asombro que me han causado estas dos proposiciones. ¿Conque por qué haya libros inmorales escritos en francés o inglés, no se han de aprender estos idiomas que son casi universales? ¿Conque porque nuestros padres, los bárbaros españoles, no nos han dado una educación liberal, hemos de condenar a nuestros hijos al mismo embrutecimiento? Dése a la juventud de ambos sexos una educación sólida e ilustrada y el ejemplo de las buenas costumbres y de este modo no tendrán necesidad de escuchar lo que conversan sus hijas».

Así discurría la vida santiaguina en el primer cuarto del siglo de la independencia. La prensa no daba sino escasos detalles de las inquietudes y de las maniobras de la oposición que sólo los documentos históricos o las cartas recogieron en su propia fuente. La prensa que condenó luego de la caída de O'Higgins con acento airado su gestión de gobierno, entregó a la ira de los adversarios los motivos que entonces no habían podido darse a luz. Acusaron a O'Higgins de haberse entregado a la influencia poderosa de San Martín, que movía en la sombra la mano del general chileno. «Sería muy conveniente—escribía *El Tizón Republicano*—que el mismo gobierno inmortalizase su carrera y el día venturoso en que dió principio, publicando un manifiesto circunstanciado de la conducta de San Martín y O'Higgins y de todo ese club infernal, manifestar al mundo entero los robos, asesinatos, depredaciones e inauditas tropelías de su execrable comportación y descubrirse las inmundas intrigas con que han fascinado a los pueblos, el descaro con que han atropellado todos los respetos y violado todos los derechos para construir ese artefacto de despotismo. Se harán conocer a los pueblos las sombrías combinaciones con que se les ha sorprendido e ilustrado su espíritu con el descubrimiento de las vías secretas de la política más páfida, se arraigaría en su corazón el odio a la tiranía y se elevaría en la opinión pública un dique insuperable contra el torrente desolador de las sugerencias de los malvados».

*El Tizón Republicano* había colocado como escudo y emblema en cada número el siguiente terceto:

*Guerra declaro a todo monigote.  
Y pues sobran justísimas razones,  
Palo habrá de los pies hasta el cogote.*

Y los palos menudearon contra la administración pasada y contra todos los que habían tenido vara alta en ese gobierno.

Esa época cuya prensa hemos rastreado en forma incompleta indudablemente, está llena para un solo hombre. Está destinada a sostenerlo o defenderlo. «Todos los sucesos que entonces se verifican en Chile tienen relación con ese hombre.» Así se expresa uno de nuestros más célebres historiadores. Y añade: «Nada sucede ni de bueno ni de malo en la vida pública donde deje de hacerse sentir su presencia. Todo lo que se emprende o maquina es en su provecho o en su contra. Es el centro de todos los acontecimientos, el objeto de las simpatías de la mitad de sus conciudadanos, el blanco de los resentimientos de la otra mitad. Héroe para los unos, tirano para los otros, las miradas de todo un pueblo están fijadas sobre su persona. Estos le ensalzan, aquellos le denigran; pero su nombre tiene el raro privilegio de que todos lo pronuncien, los grandes y los pequeños, los magnates de la alta aristocracia y los individuos de la humilde plebe».

O'Higgins ante las decepciones que sufrió, habló más de alguna vez de la historia; refiriéndose a ella, confiaba en que sabría juzgarlo. También habló de Chile como de un país ingobernable. Ambas cosas fueron el fruto de su amargura.

Aquel hombre entero, de viva y poderosa voluntad, que había aprendido la ciencia de callar en la expectación de los campamentos, que tenía una cabeza bronceada, en la que ardían dos ojos pequeños que se fruncían para mirar al adversario, padecía la angustia íntima de sentirse incomprendido. Tenía debilidades de niño y extrañas e irreductibles pasiones. Conversaba con los animalillos que su madre tenía en la casa, y cuando después de las pesadas tareas del día bajaba al patio de la intimidad del hogar, tomaba en una mano el periquito y colocaba sobre el hombro una cotorra. Y conversaba con ellos como un niño, en el único lenguaje en que nunca se hubiera dirigido a los hombres que le temían o le aborrecían.

Era compasivo, a pesar de las duras lecciones de la guerra. Pero no perdonaba a los que querían quitarle el poder. Porque también en él seguramente, había nacido esa mística estimu-

lante que fué el aliento de los hombres que hicieron la emancipación. Mezcla de ambición, de orgullo, de desinterés, de sacrificio y también un poco de crueldad.

En esos hombres gobernantes no había sino una línea. La que ellos mismos se trazaban. Creían que todo estaba hecho a la medida de esa línea. Olvidaban que había innumerables y pequeñas líneas desconocidas unas, visibles otras, ocultas bajo engañosas apariencias las más, que exigían ser atendidas o acariciadas. Quizás la guerra no dió tiempo para hacer grandes estadistas. Hizo grandes guerreros. Hombres de una sola pieza, tenaces, arrogantes, voluntariosos, enérgicos, duros, indomables, porque el campamento no podía hacer hombres flexibles. Tenían que batirse contra tempestades deshechas, contra elementos humanos que parecían tomar de la naturaleza los estímulos ocultos de la acción y del odio. Amasaban países entre lágrimas, entre feroces y brutales individualismos, conteniendo en unos ambiciones exorbitadas, en otros pasiones frenéticas de mando. La naturaleza misma les había dado el camino, la pauta, el impulso. La naturaleza salvaje, primitiva, rebelde, les hacía identificarse con sus procedimientos, con sus perfidias, y también con sus maravillosos misterios. Un día estaban sobre el caballo, trasponiendo cerros y bajando al fondo de las quebradas, entre la asechanza de los enemigos y al día siguiente estaban sobre la silla del mando, en las asambleas, en las ciudades pacíficas, ordenando las leyes sumarias o las leyes elementales, para unos hombres díscolos e impacientes que se revolcaban en la libertad como en una pradera o en un río. Esa libertad que nunca habían conocido, cuya existencia apenas sospechaban y que ahora se les había entregado entera, unánime, vertiginosa. Esa libertad los había embriagado y no podían sino beberla a borbotones, con una ansiedad, con un hambre, con una locura de dementes. Todos iban a enloquecer en la demanda, poseídos por la misma fiebre, por el mismo vértigo demoníaco.

Fué esa misma libertad la que erigió a los tiranos y a los dictadores. Fué esa misma libertad la que convirtió en víctimas de su furia a los mismos que se habían sacrificado y se habían batido con la muerte para poseerla y dársela a los demás. Unos pagaron con la muerte, otros con el destierro. Fueron castigados en la parte más profunda y noble de sus naturalezas. Muchos no volvieron a ver jamás la tierra que habían libertado. Murieron lejos, con los labios pálidos de gotear palabras amar-

gas, como Bolívar y San Martín o con los ojos vueltos a las praderas que habían cruzado combatiendo, y soñando con ver la tierra, las alamedas de la tierra en que habían penado y sufrido y de la que habían sido arrojados como O'Higgins.

Por muchos años la anarquía dominó los países de América. La nivelación humana impuesta por la dominación de tres siglos, del período colonial no permitió que impunemente sobresalieran del cuadro general hombres con mayor estatura. Durante la colonia todos estaban sometidos a la voluntad omnímoda de un soberano. Después de la dominación, a nadie se le permitía usar las mismas o parecidas armas que empleó el Rey. Quizás este fenómeno explique la exasperación de los criollos para impedir que surgieran hombres superiores al medio. O'Higgins acusaba de ingobernables a los chilenos. Era la misma acusación que hacían Bolívar, San Martín o Sucre, respecto de sus compatriotas. Todos eran ingobernables. Sólo que los dones de la libertad que tanto había costado adquirir no podían ser quebrantados o destruidos por la voluntad o la fuerza que se había empleado precisamente para procurarse esa libertad de que gozaban.

Un editorial del día 10 de Julio de 1820 del periódico el *Censor de la Revolución* terminaba con estas sugestivas palabras: «En resumen la revolución ha aumentado nuestras necesidades intelectuales y ellas son otras tantas adquisiciones que hemos hecho; ha multiplicado nuestras necesidades físicas y en la misma razón se han extendido nuestros recursos. La fortuna de un corto número de opulentos ha desaparecido, la subdivisión de las propiedades ha sacado de la miseria a la mayor parte y ha enriquecido al país. Hemos sufrido y aún tenemos que sufrir grandes conflictos, pero ya estamos en marcha a nuestro nuevo destino y no podemos retrogradar sin que retrograde el siglo en que vivimos y sin que se extingan las impresiones físicas y morales que han dejado en nosotros diez años de revolución y de experiencia».